

Cuerpos de la patria: lenguaje, heroísmo, poder político

Luis Ricardo Dávila¹

[lrdavila53@hotmail.com / lrd2136@columbia.edu]

Columbia University-Nueva York, EE.UU.

ORCID: <http://orcid.org/0000-0001-5032-3738>

Resumen

Dos temas estrechamente relacionados han dominado el pensamiento y las actitudes políticas y éticas de los venezolanos, cuya exploración en su etapa fundacional (1810-1850), constituyen el interés de este trabajo: patriotismo y heroísmo. Son estos los dos cuerpos de la patria y del poder político. A la exploración de los símbolos, mitos y discursos que definen ambos cuerpos dedicamos las páginas que siguen.

Palabras clave: dispositivo, discurso, símbolo, patria, mito.

Bodies of society: language, heroism, political power

Abstract

The article examines two closely related themes that have dominated Venezuelans' political and ethical thinking and attitudes in their foundational stage (1810-1850): patriotism and heroism. These are the two pillars of political power. We dedicate the following pages to exploring the symbols, myths, and discourses that define both bodies.

Keywords: dispositivo, discurso, symbol, society, myth.

Recibido: Agosto, 2025

Aprobado: Septiembre, 2025

¹ Este trabajo forma parte de una investigación más amplia sobre *Los lenguajes del heroísmo hispanoamericano*. Agradezco al DRCLAS de la Universidad de Harvard su apoyo durante tres largos años, como Associate Scholar. Particularizo este agradecimiento en Merilee Grindle su directora.

Sí, yo la he visto, no cual la han pintado las facciones, ni el bajo egoísmo, sino bella y pura, dando vida con su aliento, brindando en sus hermosos ojos los embelesos del cielo (...) ¡La patria! ¿Creéis verla en esa ramera indigna que acaricia el impuro vaso del malvado, que acompaña en orgías criminales el enemigo público, el monstruo de iniquidad, caudillo de la ignorancia y la ambición? (...) Esa diosa no era la patria; era el ídolo que usurpaba su culto.²

Juan Vicente González
Mesenianas/La Patria, 1846

Contexto. Poder y Representación Política de la Sociedad

Comienzo casi que abruptamente con esa suerte de alucinación patriótica de Juan Vicente González, para introducir el tema a tratar en las páginas que siguen. Pocas palabras como patria, héroes, libertad, nación, ciudadano, derecho, urbanidad, fueron tan nombradas en el siglo XIX hispanoamericano. Los acontecimientos convirtieron cada una de esas palabras en campos de posibilidad histórica pero también en campos de irreducible hostilidad. Fueron chispas cuya importancia se recordaba en los discursos políticos, en las proclamas, en los sermones, en la prensa de combate, en los manuales de urbanidad, en los catecismos político-religiosos. Estos textos contenían un lenguaje integrador y al mismo tiempo que representación política de la sociedad, ejercían el control sobre la misma.

La promoción consciente del modelo heroico-patriótico creaba sentidos de pertenencia e identidad de los sujetos sociales entre sí y en relación con la nación en ciernes. Sin embargo, eran necesarias construcciones discursivas, representaciones, mediante las cuales la nación se hace imaginable entre sectores diversos y diferenciados que por veces tienen pocos intereses en común.³ Símbolos, narrativas y lenguajes logran producir una modificación de los contextos políticos y socio-culturales que van dando legitimidad al poder y representación a la sociedad. Pero al ubicarse esta producción desde el poder mismo, el Estado asegura discursivamente a través de sus agentes históricos que los fundamentos de estos símbolos, narrativas y lenguajes se perpetúen⁴.

El tema del patriotismo y del heroísmo en Hispanoamérica ha acompañado gran parte de sus procesos históricos y narrativos, nutriéndose siempre de un vocabulario ideológico y sentimental donde abundan las exaltaciones, las denigraciones, los

² Juan Vicente González, *Meseniana a Fermín Toro*, diciembre de 1865, en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX: textos para su estudio*, vol. 4, tomo II (Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1961), 412.

³ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre los orígenes y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. Traducción de Eduardo L. Suárez. (Primera edición en inglés, 1983).

⁴ Paul Ricoeur, *Tiempo y Narración*. Tomo I. México: Siglo XXI Editores, 1995.

resentimientos, las virtudes y las devociones.⁵ De la fuerza evocadora, lírica y hasta delirante del lenguaje patriótico y heroico da cuenta el epígrafe inicial. El poderoso atractivo del tema sobre la vida intelectual y sus repercusiones populares en la formación de un sistema de creencias, de sentimientos de pertenencia y nacionalidad, el orgullo que se siente por la tierra, por su pueblo, por su historia y por sus héroes, ha distinguido el discurso y las ideologías en la región formando parte del proceso de toma de conciencia de sí mismos como nación que anima la razón política y moral del Estado.

La invocación de temas históricos y heroicos como parte de la retórica patriota ha servido para reducir las distancias entre las élites y las masas pero también han servido para justificar un sistema de dominación sin despertar mayores conflictos sociales e incluso sin sospechar que se domina a través de la retórica y del sentimiento heroico-patriota. Retórica y sentimiento que han servido para establecer históricamente mecanismos discursivos y simbólicos de disciplinamiento social. En última instancia, el lenguaje del patriotismo contiene desde el comienzo intereses de aquellos sectores sociales republicanos quienes encontraron en la historia y en la exaltación heroica independentista la rehabilitación simbólica necesaria para cohesionar la nación y edificar el Estado.

El caso venezolano es particularmente interesante en cuanto al heroísmo generador de legitimación política y a la fuerza emocional que el patriotismo imprime a la nacionalidad, ambos vectores han sido (aún lo son) fundamentales en la construcción de adhesiones sentimentales a una cierta idea de unidad nacional. El *dictum* histórico se resume en el *seremos porque hemos sido*⁶, de donde tres factores se desprenden: la ficción de la unidad nacional (idea de un ser colectivo, imaginar una supuesta homogeneidad nacional en una sociedad heterogénea), la legitimación del poder político (suponer un cierto consenso en torno a la instauración de la república) y la tarea histórica siempre incompleta e inacabada de la superación nacional (imaginar desde el poder los rasgos de un futuro promisorio y de progreso).

El vehículo privilegiado para su difusión ha sido la educación cívica y la historiografía patria⁷ cuyo sentido ha constituido una suerte de «teología bolivariana»⁸; y su institucionalización ha corrido por cuenta de la historiografía oficial. Esa dependencia de la épica originaria es algo de lo que los más preclaros pensadores del siglo XIX entrarían en razón una vez instaurada la república. Volvemos a referir a Juan Vicente González (1810-1866) quien lloraba en 1865 la muerte del gran tribuno y pensador Fermín Toro (1806-

⁵ Fernando Escalante Gonzalbo, Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana. Tratado de moral pública. México: El Colegio de México, 1992; Hans-Joachim König, *En el camino hacia la nación: Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación en la Nueva Granada, 1750-1856*. Bogotá: Banco de la República, 1994; Brading, David. «Patriotismo y nacionalismo en la historia de México». En *Actas XII*, Asociación Internacional de Hispanistas (AIH), Madrid, 1995, 1-18; Uribe, María Teresa. «El republicanismo patriótico y el ciudadano armado». *Estudios Políticos* no. 24 (enero-junio 2004): 75-92.

⁶ Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*. (Caracas: Ediciones de la Biblioteca-Universidad Central de Venezuela, 1970).

⁷ «Complejo ideológico (...) que se condensa en un conjunto de cuestiones que todavía mantienen en un callejón esterilizante gran parte de la investigación histórica» (Carrera Damas 1993: 32).

⁸ Luis Castro Leiva, *De la patria boba a la teología bolivariana* (Caracas: Editorial Alfa, 1991), 120.

1865), «el último venezolano», al tiempo que se afligía «con los destinos de un pueblo condenado a vivir de la ceniza de sus días pasados.»⁹

¿Qué dispositivo discursivo y simbólico ha posibilitado la dependencia de toda una sociedad de la gesta de un solo hombre? ¿Cómo restituir la voz de esa condena, que aliena el uso político del pasado, en la que se ha sumido a todo un pueblo a través de sus propias voces intelectuales? ¿Cómo se normaron actitudes, gestos, comportamientos y valores con la intención de producir un modelo de ciudadano republicano y patriota? Las respuestas son variadas y para nada simples. Allí están los textos y los símbolos que muestran cómo los venezolanos se han visto en pensamiento, palabra y obra como herederos de una tradición política heroica continuada, que se remonta a las guerras por la Independencia. Su lenguaje y su sentido se han construido como un grito de batalla. El pasado nunca podría olvidarse, mucho menos las gestas heroicas. Siempre se va siendo en consonancia directa con el cómo se ha sido. Para unir a los criollos con los pardos y demás sectores subalternos, las élites proclamaron lo que era esencialmente una ficción: el culto heroico en torno a la gesta independentista y sus grandes hombres, particularizado este culto en la figura de Simón Bolívar, el Libertador, en cuyo nombre gobernarían los inefables «servidores de la patria» entre 1830 y 1870, o aquel «Pacificador y Regenerador de la Patria» (título dado a Antonio Guzmán Blanco quien gobernó en nombre del tótem del liberalismo bolivariano, entre 1870 y 1888).

Patriotismo y heroísmo, a través de la figura histórica de Bolívar se convirtieron en un lenguaje para oficializar lo que Carrera Damas ha llamado la segunda religión de los venezolanos, que al fin y al cabo es la sola religión cívica que han profesado. Desde entonces ningún gobernante ha resistido la tentación de utilizar ese lenguaje. A través del desarrollo del patriotismo retórico luego de 1830, se consideraría a la figura mesiánica del culto religioso indistintamente como *Padre de la Patria, fundador de la nación y creador de la nacionalidad venezolana*. El propio Carrera Damas en su pionero *El Culto a Bolívar* escribe:

(...) es posible afirmar, también de Bolívar, que cabe distinguir en él dos figuraciones históricas. Una, la visible y hasta cotidiana, producto de una historiografía que ha oscilado entre la pura y simple apologética bolivariana y la diatriba no menos infundada. La otra, la auténtica, yace en alguna parte sepultada, como hemos dicho, y sólo penosamente logramos entreverla¹⁰.

Es como si el país sintiera la necesidad de colocar en sus cimientos su historia militar, su historia de espadas y de campos de batalla para ser representado por alguien diferente, único, que asegurara para la posteridad lo que vislumbraba aquel presente y sirviese de conjuro de los tiempos por venir, signados por la anarquía y el desorden. Desde entonces y hasta nuestros días, este lenguaje ha quedado inscrito y aceptado por la sociedad. El poder sólo se asume y ejerce en nombre de un «aparato» ideológico conceptualizado como «bolivarianismo», con todo y su historicismo, del que Castro Leiva

⁹ González, *Meseniana a Fermín Toro...*, 413.

¹⁰ Carrera, *El culto a Bolívar...*, 34

(1991:10) señala –en tono de reclamo– haber logrado en Venezuela más que el propio catolicismo. Se ha formado un sentimiento patriótico (orgullo que se siente por la tierra, por su pueblo y sus grandes hombres), que evoca una devoción al héroe divinizado pero al mismo tiempo sirve de justificación autoritaria y militarista del poder político. Con un arma simbólica tan poderosa, todas las luchas ideológicas o programáticas terminaban a fin de cuentas, convertidas en manifiestos revolucionarios refundadores en nombre del Padre de la Patria, como expresión y símbolo de la nacionalidad. Lo que eximía la preocupación por el futuro: siempre se viviría anclado en las cenizas del pasado.

Llegados a este punto, dos temas estrechamente relacionados han dominado el pensamiento y las actitudes políticas y éticas de los venezolanos, cuya exploración en su etapa fundacional durante los primeros momentos republicanos del siglo XIX (1810-1850), constituyen el interés de este trabajo: patriotismo y heroísmo. Son estos los dos cuerpos de la patria y del poder político. A la exploración de los símbolos, mitos y discursos que definen ambos cuerpos dedicamos las páginas que siguen. Interesa la dimensión narrativa en la construcción simbólica del poder. Para ello examino el lenguaje vinculado al tema del patriotismo y del heroísmo y sus condiciones de posibilidad.

Cuerpo simbólico del estado y de la nación

« (...) siendo vuestras funciones la creación de un cuerpo político y aún se podría decir la creación de una sociedad entera (...) quizás el grito de un ciudadano pueda advertir la presencia de un peligro encubierto o desconocido.»¹¹

Conviene preguntarse, entonces: ¿Qué condiciones posibilitan textos como éste? ¿Cuál es el contenido de los términos patria y nación? ¿Qué es la patria en los albores de la independencia y qué es en los inicios de la república? En Bolívar la primera idea de nación se nutre de la imagen de un cuerpo político y un cuerpo social. Con ello se refuerza la simbólica inherente a toda sociedad, mediante la aplicación de un sistema ideológico de interpretación y representación. Digámoslo de una vez, la eficacia del símbolo es ser realidad sin serlo. Es imagen concentrada de una sugerencia, evoca un sentido hacia algo que por veces resulta idéntico al objeto: crear una sociedad entera. Menuda tarea la de unos legisladores que ni siquiera cuentan con la voluntad generalizada de sus representados.

Es bien sabido –y por ello no se insistirá demasiado– que las representaciones sociales asignan al cuerpo una posición determinada en el seno del simbolismo general de la sociedad. Ahora bien, ¿qué es lo que hace del cuerpo un tema privilegiado de prácticas, discursos e imaginarios en las sociedades modernas? Diversos autores tomando el cuerpo como hilo conductor, proporcionan una perspectiva literaria, antropológica y política de las sociedades modernas y de su historia arrojando luces sobre la lógica social y cultural

¹¹ Véase Simón Bolívar, *Discurso de Angostura*, 15 de febrero de 1819, en *Obras completas*, vol. 1, «Discurso pronunciado por el General Bolívar al Congreso General de Venezuela en el acto de instalación» (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1981), 112.

presente en los cultos y ritos sociales propios a las mismas¹². Tratándose de cultos y ritos, de creaciones y construcciones, el cuerpo político está inmerso en el discurso y es a la vez afectado por éste. Su éxito y permanencia dependen, en última instancia, del verbo. De manera que pensar el cuerpo político de una sociedad remite a la unidad imaginaria que, sostenida por lo simbólico, se opone a la posibilidad permanente de fragmentación y de ruptura, a la perenne fragilidad histórica. Es ese grito individual –al que alerta Bolívar– que puede presagiar un peligro encubierto. El cuerpo político del Estado da soporte al sujeto y a sus deseos de unidad, cohesión y orden; pero al mismo también lo trasciende al crear un colectivo y una estructura institucional y cognoscitiva. Cuerpo físico e individual, es también, en el sentido expresado, cuerpo genérico, instancia abstracta, encarnación visible de una estructura política e institucional tal como la república (*res publica*): «La historia de este cuerpo muy particular converge entonces inevitablemente con la del poder y con la del Estado»¹³.

La monarquía absoluta, por ejemplo, tenía por principio un cuerpo único, el Rey, Fernando VII. Ahora, en proceso de consumarse la ruptura de los lazos opresivos que unían todo un Continente a la monarquía española, y en el primer intento por construir la república hay que basarse en nuevos principios: reunión de voluntades abstractas como las del Congreso de Angostura (1819), un régimen sin cuerpo aparente pero pleno de significado mediante la división de poderes y el equilibrio de la autoridad. Al crearse el Consejo de Estado que llenaría las funciones del poder legislativo, se requería liberar y pacificar el territorio «para crear el cuerpo entero de la República». Obra que requiere –según expresa Bolívar en la misma Angostura en discurso pronunciado el 10 de noviembre de 1817—«medios proporcionados a su magnitud y cuantas fuerzas pueden residir en el gobierno más concentrado»¹⁴.

Por otra parte, lo sagrado del poder supremo se manifestaba anteriormente en «los dos cuerpos del Rey»: uno físico, el otro jurídico. Uno carnal, el otro simbólico. Tenemos el caso de las sociedades monárquicas como las del Medioevo hasta el siglo XVII, donde el cuerpo del Rey no era una simple metáfora, sino una realidad política. Su presencia física y simbólica era necesaria para el funcionamiento de la monarquía. El concepto religioso del *corpus mysticum*¹⁵ se trasladó de la Iglesia al Imperio y, luego, de modo más general, a cualquier instancia del cuerpo político cuya unidad y orden descansaban en las creencias de sus miembros. Esta fue la lógica sobre la cual se apoyaron posteriormente nociones tales

¹² Cfr. Jean Starobinsky, «Breve historia de la conciencia del cuerpo», en *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, eds. Michael Feher, Ramona Naddaff y Nadia Tazzi, vol. II (Madrid: Taurus, 1989), 353–405. Publicado originalmente en *Revue Française de Psychanalyse* 2 (1981); David Le Breton, *Anthropologie du corps et modernité*, 2^a ed. (París: Presses Universitaires de France, 1990) y Georges Vigarello, «El cuerpo del Rey», en *Historia del cuerpo*, vol. I: *Del Renacimiento al Siglo de las Luces*, eds. Alain Corbin, Georges Vigarello et al. (Madrid: Taurus, 2005), 373–391. Original en francés: *Histoire du corps*, 2 vols. (París: Editions du Seuil, 2005).

¹³ Vigarello, *El cuerpo...*, 375.

¹⁴ Simón Bolívar, *Discurso al instalar el Consejo de Estado*, Angostura, 10 de noviembre de 1817, en *Doctrina del Libertador*, ed. Manuel Pérez Vila (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2009), 108.

¹⁵ Véase a Nanine Charbonnel, *Comme un seul homme. Corps politique et Corps Mystique* (París: Éditions Aréopage, 2010).

como patria, nación, estado, héroe. «Todas ayudaron a través del lenguaje de los símbolos, de la jurisprudencia, a aportarle al gobierno secular, por así decirlo, una bocanada de incienso de otro mundo»¹⁶. Si bien este tema se desarrolló en relación a la literatura eclesiástica y a los textos bizantinos, el origen de esta reflexión y sus connotaciones son modernas: introducción en el vocabulario político de una fórmula de Estado para cimentar la identidad de la patria. La importancia de esta *heuristic fiction* es que sirve para armonizar

Los conceptos personales e impersonales de la estructura de poder político)¹⁷.

Pero la república es diferente; esta es una e indivisible. Así lo había decretado el propio Bolívar refiriéndose a la Asamblea de Margarita del 6 de mayo de 1816, «al mismo tiempo que reunió los estados de Venezuela en uno solo, creó y nombró un poder ejecutivo bajo el título de Jefe Supremo de la República»¹⁸. No hay cuerpo de la república, por el contrario es el cuerpo de la sociedad, de los republicanos, el que constituye el nuevo principio legitimador. Esta idea de un cuerpo social requiere de la más detallada atención pues al basarse en una universalidad de voluntades, la abstracta voluntad general, sin otro sistema que independencia y libertad, el consenso que se construye mediante estrategias discursivas y simbólicas ha de ser sólido y permanente; y ha de tener un fin superior: minimizar el conflicto entre la voluntad general y el poder legítimo. La propuesta de Bolívar ante el Congreso de Angostura se resume así: «Para formar un gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional, que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública»¹⁹. Condiciones esenciales ambas para la independencia absoluta de los poderes, siempre y cuando la fuente de la soberanía emane inmediatamente de la voluntad popular. Las dos formas privilegiadas de este consenso, sobre las que se formaría ese espíritu nacional una vez constituida la república son: el patriotismo y el heroísmo. Ambas constituyen los dos cuerpos de la naciente nación venezolana.

Cuerpo político y patria

«La patria (...) es el ídolo de los republicanos y su ferviente amor a esta divinidad produce en ellos como un cúmulo prodigioso de virtudes (...) »²⁰

¹⁶ Al respecto véase a Ernst Kantorowicz, *The Kings' Two Bodies: A Study in Mediaeval Political Theology* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1957), 210.

¹⁷ Redefinir el Estado como *corpus mysticum*, en el curso de la sociedad medieval, consideración de la que hasta entonces había disfrutado solo la Iglesia, traería importantes consecuencias. A partir de entonces, hay todo un ejercicio de transferencia de esquemas teológico-religiosos al ámbito estrictamente político-secular. Cfr. Kantorowicz, *The Kings' Two Bodie...*, 193-272

¹⁸ Bolívar, *Discurso al instalar el Consejo de Estado...*, 108

¹⁹ Simón Bolívar, *Doctrina del Libertador*, ed. Manuel Pérez Vila (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2009), 2341.

²⁰ El Patriota de Venezuela, núm. 2, 4 de julio de 1811, en *Testimonios de la época emancipadora*, Academia Nacional de la Historia (Caracas: Colección Sesquicentenario de la Independencia, 1961), 324.

Cúmulo prodigioso de virtudes, ídolo, ferviente amor. ¡Vaya lenguaje! ¿Cómo pudieron formarse estos términos y crecer tales virtudes? ¿Bajo qué fundamentos se organizaron estas? ¿Cómo pudieron y pueden aún ciertos vocablos, imágenes y palabras convertirse en ídolos y modificar el curso de las cosas? Pregunta inmemorial para los venezolanos y, sin embargo, sigue siendo oscura. Su esclarecimiento exige condiciones particulares: el estudio de las mediaciones que permiten a un símbolo inscribirse, transmitirse, circular y perdurar en la comunidad. La vida política de una sociedad puede interpretarse como la dramatización de sus símbolos, de los que el discurso patriótico sería, paralelamente, una suerte de *poetización* de la palabra.

En efecto, el cuerpo político deviene la patria por la cual sus miembros están dispuestos hasta el sacrificio, *pro patria mori*²¹. «Seamos independientes (...) elevemos la patria al alto rango que ella exige; y si es preciso para sostenerla muramos todos y, Venezuela (...) dará a las generaciones futuras un sublime ejemplo de constancia, de virtud y de heroísmo»²². La poetización del discurso lograría, tanto para las palabras como para los sentidos que estas evocan y fijan, efectos magnificadores. Algunos ejemplos del nuevo lenguaje y de las tempranas formas de expresión y deliberación ilustran con mayor precisión el clima político y simbólico de la época.

El 12 de agosto de 1811, el Capitán de la Guerra de Independencia y miembro de la Sociedad Patriótica, Lorenzo Buroz Tovar, muere en la ciudad de Valencia al intentar socorrer a un soldado que había caído en un foso. Al conocerse la noticia en Caracas los independentistas organizaron la celebración de una función cívica en su memoria. Los honores fúnebres se celebraron el 2 de septiembre de ese convulso 1811. Los símbolos alusivos al valor patriótico no faltaron. Pero en especial la palabra poética sugerente y emotiva por parte de los oradores exaltó la sensibilidad del auditorio. En algunas de las piezas se expresaban términos como los siguientes:

Impávido BUROZ, tu amable vida. En flor sacrificaste Por la Patria querida. Y un lauro eterno e inmortal ganaste. ¡Oh que dulce morir! Bravos guerreros. Expirando dijiste: esta es la senda Que conduce a la gloria;
Seguid mis huellas, nuestra es la victoria²³

La patria y el sacrificio por ella así concebidos, forman no sólo el ídolo de los patriotas independentistas. Las cosas van más lejos: morir por la patria pasa a convertirse en el verdadero origen de las virtudes políticas y morales que caracterizan a los republicanos. El lenguaje no hace sino reflejar este origen virtuoso: «Defendiendo a su

²¹ En este lenguaje del sacrificio por la patria hay un cierto manejo ambiguo, por decir lo menos. Se exalta con satisfacción para el cuerpo emocional y sensible que *morir por la patria* es glorioso. Podría uno preguntarse legítimamente: qué significa lo contrario, *matar por la patria*. Acaso sea una acción generalmente inconfesable. Pero, a fin de cuentas, lo uno implica lo otro: la muerte como sujeto y objeto de una misma acción. Deber de morir, por lo tanto derecho de matar. Aspecto, por supuesto, no previsto en el imaginario del patriotismo heroico, siempre víctima de sí mismo. Véase Kantorowicz, *The Kings' Two Bodies...*, 232-272

²² El Patriota de Venezuela..., 324.

²³ Ibíd., 324.

amada Venezuela (...)/ El morir por su patria le consuela/ ¡Suerte dichosa, que de inmortal gloria, / Monumento es eterno a nuestra historia!»²⁴

De este modo la patria adquiere sonoridad política, los términos y los sentidos que la constituyen no se refieren sólo al suelo en que se nace, la casa en que se habita o el aire que se respira; se trata de la libertad común e individual contra toda opresión o dominación tiránica; se trata de una existencia cónsana con su propia ley; se trata de conquistar sagrados derechos. En efecto, «Es el amor a la patria el que en las repúblicas transforma en virtud el amor paternal, que en las demás sociedades no es otra cosa que una emanación de la naturaleza»²⁵.

Lenguaje y conceptos novedosos, desconocidos hasta cierto punto. ¿Qué duda cabe? Ahora bien, ¿de qué manera este patriotismo generador de cualidades y atributos cívicos, se relaciona con la república y las virtudes políticas y morales que caracterizan a los republicanos? ¿Cómo pasar de una ética patriota que hasta el sacrificio de la muerte le consuela, actitud por lo demás emotiva y sentimental, a accionar virtudes sociales y principios de gobierno propios al sistema republicano? ¿De qué manera ocurre esa transmutación de vasallo leal dispuesto a sacrificarse en servicio de Dios y del Rey y sus dos cuerpos, a patriota dispuesto a hacerlo exclusivamente en nombre de la Patria? El paso de lo uno a lo otro es en realidad significativo porque muestra todo un estado de ánimo que genera nuevos intereses. De la manera como se introduce la noción de patria en el credo político de los venezolanos independentistas, nos da cuenta la siguiente afirmación:

Fueron en todos los tiempos las Repúblicas los talleres de las virtudes sociales y lo fueron necesariamente por un estado forzoso de los principios elementales de su gobierno. No es tanto la fuerza de la ley como en las Monarquías, ni el brazo amenazador del Príncipe, como en las soberanías despóticas, cuanto un conjunto precioso de cualidades morales, el resorte principal que sostiene, agita armoniosamente, conserva y perpetúa la máquina republicana²⁶

Acaso no podía sospecharse del dinamismo perturbador de las nuevas ideas. Lo tangible de los hechos había que expresarlo con nuevas palabras, con un nuevo lenguaje que abandonara la gramática colonial para apropiarse de la moda republicana; predicando acerca de la excelencia del hombre nativo, de sus derechos naturales, de sus virtudes sociales, de su apego a la libertad. De todo aquello quedaba el uso fácil de ciertos términos; algunos como patria y libertad, constituirían las bases de los atributos republicanos. Ya no en invocación a Dios, al Rey, o ambos, sino en sustitución de ellos. La fuerza del concepto de patria y del patriotismo como atributo cívico dependería de sus usos y costumbres. El texto en cuestión que hemos venido analizando nos habla del *fuego sagrado del amor a la patria* que produce esplendor, enriquece la memoria, excita el genio, infunde emulación, forma el juicio, consolida la igualdad, cultiva la libertad. En suma: «Es el amor a la patria el que produce en las Repúblicas aquel conjunto de cualidades que llamamos costumbres.

²⁴ Ibíd., 344.

²⁵ Ibíd., 351.

²⁶ Ibíd., 346.

Si no puede existir República alguna sin virtudes, ninguna virtud hay sin costumbres». Sin embargo, dada su diversidad de sentidos, se pasa de inmediato a esclarecer —«no nos equivoquemos en la acepción de esta palabra»—el significado otorgado: «Las costumbres de un pueblo libre son la probidad de la vida y no la extensión de las facultades del hombre, aquel pueblo tendrá costumbres que no ofendan jamás la honestidad pública y que oculta lo que sólo encanta porque es reservado»²⁷.

Luego de esta aproximación al concepto de patria y a la cuestión del amor a la patria, nuevo sentimiento amoroso durante el siglo XIX, resalta cómo la consideración de ambas en cuanto *divinidad* son generadoras de virtudes o atributos republicanos. El concepto de virtud y el lenguaje moral y político que le es inherente tiene una vinculación esencial con la construcción de nuevas formas de legitimidad del poder político y de identidad social. La patria y el patriotismo al ser asumidas por la sociedad como hábitos, costumbres o disposiciones se convierten en prácticas reiteradas en el tiempo. En otro sentido, patria y patriotismo contienen usos que se van consolidando en la medida en que el discurso del poder fija sus significados, orienta determinadas acciones o exalta ciertas pasiones y creencias que incluyen sus maneras de apreciarlas y evaluarlas²⁸

República y Estructuras Semánticas

(...) una nación respetable por la solidez de su constitución, que formando, de todas las partes dislocadas, un cuerpo político, pueda ser reconocido como tal por los estados extranjeros.²⁹

Si la generación independentista había recibido --cediendo al lenguaje de la época-- una patria esclava, oscura y sin vida de manos de sus dominadores, los primeros republicanos gozaban de una patria libre, gloriosa y llena de esperanzas. Quedan por ver los procesos de fondo para lograr el control del poder político y del poder espiritual. ¿Cómo se politizarían en condiciones republicanas los conceptos y discursos en torno al cuerpo de la patria y el amor a la patria? ¿Qué nuevos significados se fijarían a través de las nacientes ideologías republicanas? ¿Sobre qué estructuras simbólica y sentimental se apoyaría el propio Estado? ¿Qué rituales y cultos permitirían construir el nuevo orden político y social, ahora en condiciones independientes? Es bien sabido, quizás no valga la pena insistir, que es imposible hacer de la sociedad una totalidad única en ausencia de un cuerpo político y simbólico. Sin un orden en la representación política, sin símbolos que cohesionen y magnifiquen esta representación y este orden, sólo existirá una multitud, una multiplicidad de subjetividades, pero sin la integración definitiva de las partes al todo (formando de las partes *dislocadas un cuerpo político*, como lo sugiere Bolívar en el epígrafe inicial, luego de la caída de la segunda república en 1814). La república una y múltiple, en tanto totalidad, sólo será posible mediante su construcción como un cuerpo político y simbólico.

²⁷ Ibíd., 351.

²⁸ Luis Castro Leiva, *De la patria boba a la teología bolivariana* (Caracas: Monte Ávila Editores, 1999), 20.

²⁹ Simón Bolívar, *Discurso de Angostura*, 15 de febrero de 1819, en *Obras completas*, vol. 1 (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1981), 112.

Así el colectivo de singularidades se conformará como una sociedad. Este cuerpo asegura la convivencia en un conjunto de relaciones –digamos-- intersubjetivas que, lejos de ser cerradas, se organizan en una serie de capas múltiples y abiertas. Este es acaso el desafío de la recién inaugurada *República de Venezuela* en septiembre de 1830 bajo un orden único e indivisible. Fórmula que previene contra el peligro de la desintegración del país una vez desmembrada la *Gran República de Colombia* (incluía los departamentos de Venezuela, Cundinamarca y Quito), nombrada así por Bolívar ante el Congreso de Angostura el 14 de diciembre de 1819 y fundada legalmente tres días después al ritmo de las palabras siguientes: «El tiempo de dar una base fija y eterna a nuestra República ha llegado. A vuestra sabiduría pertenece decretar este grande acto social y establecer los principios del pacto sobre los cuales va a fundarse esta vasta República»³⁰ Eternidad que duraría once años, hasta el 17 de diciembre de 1830, con su propia muerte.

Se da así forma en el papel a una nación independiente, donde no existía entre sus habitantes más vínculos que una serie de tradiciones creadas durante los tres largos siglos de la Colonia, una lengua hablada con diversos dialectos, la religión de Cristo, una campaña épica para desprenderse de la tutela de España. Ese colectivo de singularidades había que conformarlo como una sociedad y una nación. Era el turno de los intelectuales republicanos. A sus espíritus y a sus plumas correspondía dar forma literaria a la gloria de la emancipación (Torres 2009: 89-90). Era menester borrar la miseria del origen y crear una nueva realidad política y social, construir un Estado venezolano independiente de la condición colonial, introducir el lenguaje moral y político de las virtudes y, sobre todo, practicarlas, pues se supone que este tiene una vinculación esencial con la práctica.

Patria, Estado, Nación, Héroes: he aquí términos cuyo contenido y relaciones recíprocas no dejan de intrigar incesantemente, en cada instante de la historia. Con demasiada frecuencia se los trata como si fueran evidencias conocidas. Por añadidura, desde la Independencia estos términos tienden a (con)fundirse entre sí y en relación a la figura de Simón Bolívar, como ya ha sido señalado. Las consecuencias no se hacen esperar: La patria, el patriotismo y el heroísmo a la venezolana si bien se sitúan en el plano político; en el plano discursivo y simbólico adquieren un valor teológico, como bien lo ha pensado y expresado Castro Leiva, cuando describe como un error filosófico-político fundamental: «el haber convertido histórica e historiográficamente al patriotismo y a Simón Bolívar en una falsa religión; la religión cívica de una moralidad imposible de alcanzar sino a través de un proceso de revolución permanente»³¹. En los inicios republicanos las cosas no cambiarán sustancialmente. El republicanismo seguía esculpiendo su cuerpo político e ideológico con los materiales aportados por el patriotismo y el heroísmo. Llegados a este punto, en lo que sigue enunciaremos los rasgos distintivos de estos materiales ahora dentro del contexto de la institucionalización de la sociedad y del Estado, erigido luego de 1830 en la razón moral de la república y del republicanismo—*República oligárquica, conservadora y censitaria*³²

³⁰ Ibíd..., 112.

³¹ Castro, De la patria boba..., 151.

³² José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*, vol. 2, «Restitución de la República. La oligarquía conservadora» (Caracas: Editorial Las Novedades, 3.^a ed., 1909), 215.

Lenguaje patriótico republicano

Que Venezuela deba todo lo que es a lo que ustedes llaman padres de la patria, esto es, a los generales Bolívar, Páez, Mariño, Arismendi, etc. Pasa por ser una exageración acalorada (...)³³

¿De qué otra manera, si no acalorada, habría de ser cualquier mención a la Independencia? La búsqueda de símbolos, mitos y conceptos para definir la identidad de patria y nación, así como para legitimar la estructura de poder republicana oligárquica y censitaria, la iniciaron gobernantes e intelectuales a partir de las décadas de 1830 y 1840. Esa gran búsqueda puede dividirse en dos grandes ciclos dominados por el patriotismo republicano y el culto heroico a Simón Bolívar; uno emergió bajo la égida de las luchas independentistas y el otro comenzó a construirse con la repatriación de los restos del Libertador. Ciclos que luego de 1842, con la llegada de estos restos a Caracas, se funden en uno solo. Pues Bolívar –al ser considerado indistintamente padre de la patria, creador de la república y fundador de la nación, amén de referencia moral de los venezolanos– encarna los cuerpos simbólico y mitológico del carácter nacional «El amor a Bolívar forma parte esencial del sentimiento de nacionalidad y no se concibe que pueda serse hijo de Venezuela sin ser boliviano», era esta la profunda creencia de Juan Vicente González³⁴ que iluminaría el futuro de la nación. De manera que el uso discursivo que luego de 1830 se le da al *hecho emancipador* –término comúnmente utilizado en la historiografía patria—no se haría esperar. Incluso hasta llegar a lucir para algunos como Lander una *exageración*. El quehacer patriótico de gobernantes y gobernados consistirá en magnificar la emancipación hasta el punto de convertirle en el significante más importante de la cultura política venezolana. Su vehículo fue la palabra encantada, por veces encendida, la oratoria sublime de parte de pensadores con un estilo y una prosa épico-romántica. Un lenguaje, en fin, que consigue perpetuar el ideario emancipador. Con ellos –parafraseando a Castro Leiva—el verbo y la pasión eclipsan a la Razón, «la han hecho fundamentalmente hipócrita. Es decir, condenada a estar siempre por debajo de sus posibilidades»³⁵. Es el punto donde la retórica del pasado y la retórica del provenir se confunden en enunciados comunes. Pasemos a exhibir algunos ejemplos de ese discurrir patriótico.

El General José Antonio Páez, el héroe de mayor dimensión que quedaba después del Libertador, fue nombrado por Bolívar Jefe Superior de Venezuela en 1827. Estuvo entre quienes en octubre de 1829 acordaron la separación de Colombia, convocando el 13 de enero de 1830 una Constituyente. La cual se reunió en Valencia el 6 de mayo del mismo

³³ Tomás Lander, *Fragmentos*, núm. 6, 1835.

³⁴ Luis Correa, *Terra patrum*, «Biblioteca Popular Venezolana, n.º 79» (Caracas: Ministerio de Educación, 1961), 53.

³⁵ Castro, De la patria boba..., 162

año y lo ratificó como Jefe del Estado de Venezuela. Fresco alivio sentiría Páez y, junto a él, las élites políticas que le acompañaban, cuando a finales de 1830 por medio del voto censitario, elecciones de segundo grado lo convierten en el Primer Presidente de la nueva República para el período 1831-1835. Ya habiendo manifestado a aquella Constituyente, en Mensaje dirigido en las vísperas de su reunión, su deseo de «consagrar el resto de mi vida a la gloria de mi patria»³⁶; en funciones de mando y asumiendo la primera autoridad de tan novedosa forma política, lo que seguiría no podía ser sino la consecuencia de estos antecedentes. El patriotismo, el orden, la dicha, la libertad, la igualdad y la felicidad de todos los venezolanos, serían términos invariables de su discurso. Por fin la voz del patriotismo se asentaba en un poder legítimamente constituido. El amor a la patria, los deseos por la gloria de la patria se convertían en idea y expresión recurrente. No había vuelta atrás. La energía anímica que impulsaba a intelectuales y a políticos sería en delante la proposición de ideas patrióticas, lo cual venía aderezado con el amor por las instituciones y por la libertad de la república. En teoría, que no en la práctica, la cosa pública nunca debía confundirse con el interés privado. De lo contrario se estaría incurriendo en un *patriotismo hipócrita*³⁷.

La misión de Páez al frente del poder sería hacer de la voz patriotismo *grito vehemente* que despertase conciencia y articulase voluntades para la construcción de las virtudes republicanas. En efecto, el amor por la patria era la fuerza moral que sostendría el cuerpo político y social. En el último mensaje al Congreso (20 de enero de 1835) de su primer período presidencial, el Jefe del Estado se despide en estos términos: Debo separarme de la escena pública con desprendimiento y virtudes patrióticas. «En mi pacífico hogar veré, pues, con satisfacción a mi patria administrada bajo la dirección de sus expertos conductores, y desde allí haré votos al cielo por su conservación y prosperidad»³⁸

Pero el destino le depararía una larga vida política. Y la estadía en su pacífico hogar no duraría mucho. La confrontación política de rigor, entre los distintos sectores e intereses, mermaban las posibilidades del patriotismo en Venezuela en tanto virtud política republicana. Era necesario reforzar sus términos. Esto hace Páez en su segunda presidencia (1839-1843), cuando pide *luces* para cooperar con el Poder Ejecutivo. El giro discursivo se define en torno al concepto de «patriotismo ilustrado de sus ciudadanos». ¿En qué consiste semejante novedad? En su Mensaje al Congreso de 1842, lo explica: Es «una fuerza superior y providencial que la conduce por la senda de la civilización a aquel alto grado de felicidad a que parecen llamadas las naciones americanas. Afortunada Venezuela ha visto a todos sus hijos unidos en un solo sentimiento (...) haciendo el sacrificio de toda ambición (...) de todo interés contrario al interés de la comunidad»³⁹. ¿Cuál sería entonces la fuente natural del patriotismo para estas naciones en general y para Venezuela en particular? No

³⁶ Presidencia de la República, *Pensamiento político venezolano del siglo XIX: textos para su estudio*, «Biblioteca PPVSXIX», 15 vols. (Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1961), vol. 4, 37.

³⁷ Elena Plaza, «Prácticas discursivas de la ciudadanía en Venezuela: Las voces del patriotismo venezolano, 1830-1847», *Revista Politeia*, vol. 29, n.º 37 (Caracas: Instituto de Estudios Políticos, Universidad Central de Venezuela, 2006), 19.

³⁸ Presidencia de la República, *Pensamiento político..., 55.*

³⁹ Ibíd..., 105.

sólo se trata de un decidido apego a los intereses, a las costumbres, a las virtudes. Se trata de estimular la imaginación y de todo aquello que se refiera a una memoria colectiva, al amor a la patria. Sentimiento al que se le dio el rango de virtud por el canon educativo del momento.

Feliciano Montenegro Colón (1781-1853), militar, geógrafo, historiador, educador, fundador del *Colegio de la Independencia* y uno de los primeros autores de un manual pedagógico bajo la forma de unas «Lecciones de buena crianza, moral y mundo o educación popular»; con toda la codificación del comportamiento que un texto semejante trae consigo, en la parte correspondiente a sus pensamientos, sentencias, consejos y máximas morales, escribe: «El amor a la patria es una virtud que no conoce obstáculos: obra prodigios, donde quiera que existe»⁴⁰

Por su parte, entre las élites políticas, el discurso patrio republicano se mantuvo en los mismos términos, particularmente por parte de quienes se organizaron en torno a la ideología liberal. Antonio Leocadio Guzmán, el fundador, quien llevó a cabo una perseverante y activísima campaña política en torno al credo liberal, fuese en la plaza pública o través del periódico *El Venezolano*, órgano de expresión del Gran Partido Liberal de Venezuela, que apareció el lunes 24 de agosto de 1840, cuyo último número vio la luz seis años después, el 12 de abril de 1846, siguió la versión precedente del patriotismo ilustrado con un cierto tono de realismo: «Por los hechos y no por las ofertas estará todo patriota». Y enseguida se dispone a poner las páginas de *El Venezolano* sobre «la senda que siempre marcan los hombres libres y justos, los verdaderos patriotas»⁴¹. Se trataba de incorporar y promover virtudes a la naciente república: noble lealtad, patriótica firmeza, imparcial justicia. Pero sobre todo, se insistiría en la bien amada y justa libertad. Esa era la voluntad exclusiva tanto de los redactores como del órgano de expresión liberal republicano:

La verdadera opinión pública será su antorcha y, si ella le favorece, *El Venezolano* podrá ser útil; y un hecho más, vendrá a probar que este pueblo protege el patriotismo, porque marcha irrevocablemente por el camino de la justa libertad, a destinos elevados e irrevocables⁴²

De manera que existe una continuidad entre el patriotismo emancipador, aquel que se gesta en diferenciación con la monarquía española para sumar esfuerzos y convicción a la ruptura colonial (O como lo expresó el mismo Bolívar en Angostura: «Sí, los que antes eran esclavos ya son libres; los que antes eran enemigos de una madrastra, ya son defensores de una patria»); y el patriotismo ilustrado republicano, una vez lograda la independencia y definida la república. Guzmán era partícipe de una visión moderna del patriotismo. Con lo cual se plegaba a los términos del discurso de los otros sectores en el

⁴⁰ Feliciano Montenegro Colón, *Lecciones de buena crianza, moral y mundo o educación popular* (Caracas: Imprenta de Francisco de Paula Núñez, 1841), 187–188.

⁴¹ Antonio Leocadio Guzmán, «Prospecto», *El Venezolano*, núm. 1, lunes 24 de agosto de 1840, en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX: textos para su estudio*, vol. 5, tomo I (Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1961), 157–158.

⁴² Ibid..., 158

poder. No sólo le inspiraba su fuerza emocional, buscaba exaltar adhesiones a su propio partido liberal y, como tal, fue un gran defensor de la formación de estas organizaciones políticas en aquella etapa republicana. Partido. Si antes era palabra vedada, «palabra de escándalo y de infalible ruina»; en la república: «partido arguye libertad para pensar; supone discusión, independencia moral. Los esclavos no tienen partido, tienen su cadena que arrastrar». Pero, además, las condiciones ya estaban creadas para posibilitar el patriotismo partidista y moderno: «Formada una patria, por esfuerzos heroicos, con indecibles sacrificios, ya es otra cosa, ya es todo diferente y, en gran parte, lo contrario de lo que fue. Están desencadenados el pensamiento, la palabra y la prensa»⁴³

Llegaron las elecciones de agosto de 1846, en medio de una crisis económica y social que empeoraba, llevando rápidamente a la república al caos político. El enfrentamiento entre los conservadores de Páez y los liberales de Guzmán se radicalizó. A lo cual se sumó la enemistad personal entre este último y Juan Vicente González, quienes habían compartido páginas en la redacción de *El Venezolano* entre 1842 y 1844, lo que llevó a la pérdida de la moderación que tanto pregonaba el patriotismo ilustrado, y al surgimiento de un delirante fanatismo patriótico. Cada bando se acusaba mutuamente de ser causa de la corrupción republicana. Sucumbían los cuerpos de la patria. La moderación no parecía ser una de las virtudes cultivadas por los diferentes sectores políticos. En la misma *Meseniana* que encabeza este trabajo, González, «escritor del derecho, de la patria, de la libertad», como él mismo se calificó⁴⁴, esboza una serie de identificaciones y exclusiones con la patria particularmente significativas. Entre las primeras, la patria con textura corpórea se le aparece al escritor y de inmediato pasa a describirla: «Yo la vi... (era una noche plácida y tranquila). ¡Qué dulce su graciosa y sonreída imagen!»⁴⁵ Para pasar de inmediato a establecer las identificaciones: «Yo soy la Patria; conócame en la imagen de Bolívar que llevo al seno, en este odio que arde en mis ojos al nombre del ambicioso y egoísta (...) Yo soy la Patria y no te abandonaré (...) ¡Oh, Patria!, tu no me has engañado; luchando desde ese día, ni un instante solo dejaste de alentar mi pecho».⁴⁶

Enseguida excluye de esas imágenes sublimes, símbolos del amor a la patria, a sus adversarios políticos, encarnados en Antonio Leocadio Guzmán, quienes la habían utilizado en nombre de la libertad pero sólo para luego *ultrajarla*. Lo primero sería excluirlos de esta alucinación patriótica: «Vosotros no la visteis, débiles mortales»⁴⁷, para enseguida finalizar en prosa donde la derrota y la traición se funden y se (con)funden en un mismo sentido:

⁴³ Antonio Leocadio Guzmán, «La nación y los partidos», *El Venezolano*, núm. 2, 31 de agosto de 1840, en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX: textos para su estudio*, vol. 5, tomo I (Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1961), 175.

⁴⁴ Juan Vicente González, «La convención», *El Foro*, 13 de julio de 1858, en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX: textos para su estudio*, vol. 3, tomo II (Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1961), 351.

⁴⁵ Ibíd., 352.

⁴⁶ Ibíd., 353.

⁴⁷ Ibíd., 353.

¡Patria!, yo consagro en tus aras no las cabezas sangrientas de tus enemigos, no las armas de que usaron contra tu poder, sino el sudario que envuelve ese partido difunto y a su miserable jefe, desesperado y confuso, negociando su vida por la abyección.⁴⁸

Hasta ahora Juan Vicente González –sin nombrarlo– ha dibujado con oscuros trazos la figura que encarna el partido liberal, feroz opositor del gobierno de Páez, en la oportunidad de componer su patriótico delirio. Más tarde llegaría inclusive a hablar de un *patriotismo indignado* en algunos de sus artículos de prensa dirigidos a Guzmán. Aunque ese Estado moderno y republicano está fundado desde 1830 sobre la autoridad legal, es obvio que esta autoridad en sí no es suficiente, y que el Estado también busca la autoridad simbólica. De hecho, el cuerpo del poder mismo depende, tanto como de lo racional, de posturas anímicas e irracionales, de presupuestos culturales y políticos. No son únicamente los principios legales de la Constitución lo que da fuerza legítima al poder, sino el uso político de la idea e imagen de aquella tierra donde se asienta el poder. En Venezuela, particularmente, el cuerpo del poder se sostenía por la fuerza de la idea y del sentimiento de patria y en la figura de los libertadores, encarnados en Bolívar. Eran estos los símbolos básicos del patriotismo ilustrado. Amor genuino a una deidad, basado en la libertad y el progreso. Un amor que conduzca –como lo quisieron gobernantes e intelectuales– a alcanzar el conocimiento del país y la felicidad de sus habitantes. Es esa historia que transforma el patriotismo en una tensión religiosa: es a la vez sagrada y profana, secular y cívica⁴⁹

Rehabilitación simbólica del héroe: cuerpo ideológico de la nación

Pensé en aquel hombre fatídico que llenó medio siglo con sus hazañas y llena un mundo con sus obras. ¡Destino singular! ¡Epopeya terrible! Nada superior, igual, coexiste con él.⁵⁰

Los nuevos signos del poder no traducen un simple cambio en la simbólica sino en la naturaleza y la función del Estado. El orden republicano en ciernes significaba una ruptura en el régimen de representación colonial, ahora debía modificarse los cuerpos, las almas y hasta el orden del mundo. Además, un presidente de la República como Páez, Soublette o los Monagas, siempre serían una imagen pasajera de una nación que se reclamaba permanente. Habría que encontrar un principio esencial. No un humano, demasiado humano, tampoco nadie temporal y falible. Se trataba de una perennidad soberana, eterna y que representara un colectivo. Como otrora el rey, la nación no podía morir. Invisible en sí misma, le era preciso por lo tanto encarnarse en unas realidades, por naturaleza precarias, pero valiendo la pena hundirse en ellas.

⁴⁸ «La Patria», 1846, en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX: textos para su estudio*, vol. 2, tomo I (Caracas: Ediciones de la Presidencia de la Repùblica, 1961), 463–465.

⁴⁹ Castro Leiva, *De la patria boba....*, 121.

⁵⁰ Juan Vicente González, 28 de Octubre, 1864, en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX: textos para su estudio*, vol. 4, tomo II (Caracas: Ediciones de la Presidencia de la Repùblica, 1961), 398.

Desde que la nación, el Estado o la patria fueron investidos de un carácter sagrado por los diferentes patriotismos liberales o conservadores, los héroes independentistas desempeñaron un papel de capital importancia. En tanto que factores de cohesión grupal y modelos a imitar, los héroes han sido sometidos a un proceso de construcción social e ideológica que ha merecido toda la atención que se merecen por parte de historiadores, filósofos, sociólogos.⁵¹ En esta parte se tratan algunas claves para su interpretación, así como algunos mecanismos de su *troquelado* simbólico y social. La muerte del héroe nacional constituye una pieza fundamental en el desarrollo de la idea de la nación. Esto ya está claro. Pero si los restos de este héroe ni siquiera reposan en el suelo patrio, ha de subsanarse el lamentable error. Devolviéndole a ese suelo --«para limpiar de aquella mancha la conciencia nacional»⁵² podrá ponerse en escena una versión secularizada del mártir caído por Dios. De allí lo del bolivarianismo como religión civil. Bajo la égida republicana, los símbolos religiosos ceden su espacio a figuras seculares: los héroes, la patria, los grandes hombres, el pueblo, la historia épica, la libertad, las plazas, las estatuas.⁵³ Es la instancia más poderosa que representa simbólicamente la unión de la nación dentro de su propia división, digamos, consubstancialmente natural y nunca acabada. «Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro»⁵⁴, habría dictado el *Pater noster* desde Santa Marta, Colombia, una semana antes de emprender su viaje eterno.

El objeto de la repatriación de los restos de Bolívar no significaba otra cosa que redimir su memoria; era la acción de apropiación de esa memoria para fines políticos y simbólicos en torno a la deseada y necesaria unión. Se inicia desde el Estado todo un proceso de construcción de un mismo modo de pensar y representar a través de la invención de nuevos fastos patrios.

Todo comenzó muy temprano, en 1833, cuando el Presidente Páez presenta al Congreso Nacional una solicitud «para cumplir un deber en que se interesan el honor y la gloria nacional»⁵⁵, para devolver a su suelo natal los restos del Libertador y rendirle los honores públicos de que era merecedor. ¿Sobre qué virtudes basar semejante iniciativa? Las palabras abundan en el momento de enunciarlas: «Acciones grandes, esfuerzos magnánimos, sacrificios continuos, un patriotismo eminentemente proezas singulares que forman la historia de este inmortal caudillo (...) El nombre de Bolívar no puede pronunciarse sin admiración y merece todo nuestro respeto».⁵⁶ Nueve años más tarde, en febrero de 1842, se le recuerda a ese mismo Congreso la inexplicable deuda. Se insiste en la solicitud, «la más grata a mi corazón, y al mismo tiempo la más conforme a los sentimientos del pueblo de

⁵¹ Luis Ricardo Dávila, «Venezuela, fábrica de héroes», en Ficciones y escenarios del poder: Mérida, 30 noviembre – 2 diciembre 2005 (Mérida: Universidad de Los Andes, 2006).

⁵² Carrera Damas, *El culto a Bolívar*, 109.

⁵³ Beatriz González Stephan, La religión civil del bolivarianismo, en El poder de la letra: escritura y conflicto en Venezuela (Caracas: Alfabil Ediciones, 1997), 215.

⁵⁴ Simón Bolívar, *Última Proclama*, Hacienda de San Pedro Alejandrino, Santa Marta, 10 de diciembre de 1830, en Museo Bolivariano Quinta de San Pedro Alejandrino

⁵⁵ Presidencia de la República, *Pensamiento político*, vol. 2, 50.

⁵⁶ Ídem

Venezuela», les dirá el Presidente Páez a aquellos miembros de la representación nacional⁵⁷. Semejante idea –reiteraba-- era producto del convencimiento general de sus méritos «y de un sentimiento profundo de amor y gratitud a este héroe, bienhechor magnánimo de nuestra patria»⁵⁸

El decreto y los honores correspondientes se dictan el 30 de abril de ese mismo 1842. El año siguiente, en su mensaje al Congreso de 1843, Páez agradece por: «(...) cumplir más dignamente un deber que obligaba a todos los venezolanos. Honrar la memoria del Gran Bolívar. La Nación lo deseaba (...).»⁵⁹ Se exaltaba al mismo tiempo la unión que tal iniciativa habría logrado: esta no fue la «obra de sus íntimos amigos, ni de un partido, ni de un Congreso, ni de Venezuela sola (...).»⁶⁰ Se trataba de un sentimiento nacional que revelaba «el alto aprecio, gratitud y veneración que los venezolanos tributamos a aquel Héroe a quien cinco naciones llaman *Padre y Libertador*.»⁶¹ El tono alentador luego de la presencia del héroe en suelo patrio con todo y sus reliquias, sugería una misión cumplida:

Las dificultades están vencidas, los peligros pasaron y el bien dependerá sólo de la conservación del orden establecido, que a todos interesa. Hábiles manos llevarán las riendas del Estado y el patriotismo y el saber dictarán las leyes, auxiliados de la experiencia y de la mayor ilustración de nuestros pueblos.⁶²

Se encarga a Fermín Toro, ilustre tribuno, diputado, periodista (dirigió *El Correo de Caracas* en 1839 y *El Liceo Venezolano* en 1842), cabal intelectual republicano y pariente de Bolívar, para describir los honores fúnebres consagrados a los restos del Libertador, «mi tarea es ardua, si acaso no imposible». El referente popular que inclinara a la unión no podía faltar en los distintos discursos: « (...) exequias en que un pueblo entero ha desplegado todas sus fuerzas latentes para sentir y admirar».«⁶³ El primer paso en la construcción del culto nacional como un lenguaje estaba dado. Con sus restos en el país, el Bolívar heroico pertenecía ya a la Venezuela republicana e independiente. Lo que sigue es la reconciliación simbólica del héroe –la creación del ícono nacional⁶⁴ y la socialización de su culto, lo cual ocurrirá luego de 1870 bajo el mandato de Guzmán Blanco.

Miremos esta reconciliación al trasluz de los letrados nacionales quienes posibilitaron la construcción del símbolo de un Bolívar nacional. Entre quienes encontramos –por supuesto-- algunos que vehementemente habían rechazado sus ideales geoestratégicos y políticos luego de 1827. Pero, antes miremos lo que ocurre en los primeros momentos de otro acto meramente simbólico y celebratorio, homogeneizador de un pensar y representar colectivo.

⁵⁷ Ibíd., 108

⁵⁸ Ídem.

⁵⁹ Ibíd. 111.

⁶⁰ Ibíd., 110

⁶¹ Ídem

⁶² Ídem

⁶³ Ídem

⁶⁴ Christopher Conway, «Itinerario del culto nacional: el fantasma de Bolívar», en *Estudios: revista de investigaciones literarias*, núm. 12 (1998): 13

Si bien durante la vida de Bolívar el 28 de octubre de cada año era celebrado como el día de su onomástico, el 14 de marzo de 1842 el Congreso Nacional emitió un decreto declarando oficialmente cada 28 de octubre fiesta nacional en conmemoración del aniversario de su natalicio. Mientras tanto, la Universidad de Caracas cuyo claustro no había formulado ningún acuerdo o comentario al conocerse su muerte el 17 de diciembre de 1830, comienza a corregir esta actitud en julio de 1841. Su Junta Gubernativa se pronuncia al respecto, llamando al Libertador «héroe magnánimo (...) consagró su atención al engrandecimiento y prosperidad de este cuerpo literario, como la fuente de saber y de vida para la patria».⁶⁵ En la medida en que la fecha era oportuna para reiterar los gestos patrióticos y propiciar el júbilo ciudadano, entonando himnos nacionalistas y otras muestras festivas, la misma Universidad convocó el 28 de octubre de 1841 –adelantándose a la *apoteosis*, casi un año antes de la repatriación de sus restos-- un solemne acto para festejar el natalicio del entonces llamado «protector de las ciencias» y contribuir a la exaltación del sentimiento público. La mañana de aquel día circularon consignas alusivas a las glorias de Bolívar y a la necesidad urgente de regresar sus restos a la tierra natal: « ¿Le negará la patria una tumba?». ⁶⁶

Enseguida la Universidad y el pueblo de Caracas rindieron un espléndido homenaje a su memoria. Intelectuales y políticos (Juan Vicente González, Cristóbal Mendoza, Antonio Leocadio Guzmán, entre otros) vistieron sus mejores galas discursivas, dedicando al Libertador poemas y piezas oratorias de la mejor calidad. Se percibe el alto nivel de desarrollo a que había llegado el discurso bolivariano como un discurso nacional pleno de significantes cohesionadores: héroe sembrador de libertades, mentor de una existencia social ordenada, arquetipo de un pasado glorioso y, sobre todo, de un destino prometedor. El cuerpo de la patria comenzaba a tener esculpido en su rostro la imagen del Libertador. Destaca la intervención de Guzmán en este acto, quien encara los desafíos que implicaban un culto al héroe muerto: «Él no era el Presidente ni el General: él era Bolívar», *tout court*. Para luego rematar afirmando que sin Bolívar no hay nacionalidad. No había vuelta atrás, su figura, su memoria e imagen se construyen como el *logos*, el discurso, el símbolo y la acción a través del cual se configura la nación venezolana.⁶⁷

Lo que sigue en las palabras del orador es un proceso discursivo de identificación total: Bolívar igual a la patria, equiparado a la historia, imagen y semejanza de la nación; Bolívar padre de la patria, símbolo supremo de la patria misma y por lo tanto de sus habitantes. Oigamos al propio Antonio Leocadio Guzmán:

Su historia será la historia de la patria: sus glorias, las de tantas naciones como fundó (...) Borrad acá el nombre de Bolívar. ¿Qué queda? Nada (...) No más anales, todo es noche de ignominia. Antes de Bolívar, la

⁶⁵ Ildefonso Leal, *La Universidad de Caracas: su historia y su proyección* (Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1980), 30.

⁶⁶ Ibíd., 32.

⁶⁷ Conway, «Itinerario del culto nacional», 18.

colonia, la nada. Esos hombres extraordinarios dejaron grandes páginas de sangre, o grandes páginas de gloria: las páginas de Bolívar son naciones.⁶⁸

Se trata de los referentes de una historia patriota, signada de manera singular por el héroe, incluso más allá de las fronteras nacionales. Bolívar es América; él es Venezuela. Borremos su nombre, olvidemos su imagen. ¿Qué queda? El caos, la nada. Son las raíces de una creencia que estructura el cuerpo de la patria, y sus patriotas no abandonarían nunca más. Era la condición sin la cual no. Antes de él noche e ignominia, después de él: todo. Las letras de sus grandes páginas son inmunes a todo razonamiento, a todo análisis, en fin, a toda lógica. Se trata de convicciones; es un auto de fe como en la mejor de las religiones. Desde entonces se genera toda una historiografía patria y una identidad venezolana. Bolívar se convierte en el héroe oficial y el bolivarianismo en un lenguaje del cual el poder y sus súbditos hacen uso para reconocerse como entes históricos, como sujetos de hecho y de derecho y, como tal, se conforma su nacionalidad. Bolívar pasa a habitar el tiempo del mito, que es un tiempo absoluto, donde todo se ordena en torno a su figura sobrenatural, por encima de toda alianza, de todo triunfo, de toda derrota, de toda acción, de toda política. Lo cual tiene dos funciones: por una parte, se magnifica el periodo nacional e independiente, borrando toda su política, sus aciertos y desaciertos durante el período grancolombino (1821-1827). Por otra, se le incorpora como pieza fundamental al proyecto nacional luego de 1830. Su figura y su pensamiento funcionarán como cuerpo ideológico y argumento legitimador de la nueva estructura de poder, la República Oligárquica y Censitaria.

Dejemos las cosas hasta acá. Volvamos a los *Honores a Bolívar* del 17 de diciembre de 1842, momento de gran simbolismo en la construcción del cuerpo de la patria. Fermín Toro, cumpliendo el mandato del Estado de testimoniar los funerales del Libertador, llegó a producir el «primer texto nacionalista-oficial de la historia intelectual venezolana».⁶⁹ (No sólo presenta los más notorios rasgos de la nacionalidad, sino que al unísono sus palabras justifican el culto oficial al héroe: « ¡Nueva era formarán en Venezuela los honores de Bolívar declarados por la Representación Nacional en 1842! (...) Sentimiento profundo de amor y gratitud a este Héroe bienhechor, magnánimo de nuestra patria!». ⁷⁰ En semejante oportunidad no podía pasar por alto el ostracismo a que fue sometido el Libertador luego de 1830 —«Doce años que muda su patria, mudos los testigos de su gloria, mudas las estupendas obras de su ingenio y de su espada...» Para enfrentar este dilema qué mejor que sugerir mediante la interrogación precisa e inteligente: « ¿Será que las grandes emociones paralizan por algún tiempo la energía de la acción?». ⁷¹ Disuelto el problema, que implicaba la legitimidad política y simbólica de aquella generación que rechazó a Bolívar, el orador lanza su grito a los cielos: todos le aclaman «Padre y Libertador; su patria envanecida, le

⁶⁸ Antonio Leocadio Guzmán, citado en Christopher Conway, *Itinerario del culto nacional: el fantasma de Bolívar*, en *Estudios: revista de investigaciones literarias*, núm. 12 (1998): 18.

⁶⁹ Conway, «Itinerario del culto nacional»..., 19.

⁷⁰ Toro, *Honores a Bolívar*..., 323-325.

⁷¹ Ibíd., 322.

llama a su seno con los honores del triunfo, y a sus cenizas veneradas, Repúblicas e Imperios tributan homenajes».

Así, sus antiguos detractores quedan investidos como herederos de la gloria bolivariana. Justificar el culto a Bolívar resulta para Toro relativamente fácil. La obra estaba muy fresca, y como para disipar cualquier duda lanza sucesivas interrogaciones: «¿Quién es grande en estos días? ¿Quién es alto como el cedro y fuerte como la roca para resistir, dominar y serenar la tormenta? (...) ¿Y quién fue el grande en medio de estas escenas? Bolívar solo; Bolívar que en los días de terror sólo puede compararse a los héroes bíblicos»⁷²

En el sentido del anterior discurso de Guzmán, los rasgos cruciales de la nacionalidad venezolana y de la nueva estructura de poder, son enraizados por Toro con el héroe nacional, estableciendo un conjunto de lacónicas preguntas-respuestas. En relación a las virtudes republicanas, hijas del patriotismo, y a otros legados del momento se interroga: «¿Y quién invocó estas virtudes? Bolívar (...) ¿Y quién proclamó la igualdad? Bolívar (...) ¿Y quién protegió la ilustración? Bolívar (...) ¿Y quién dio a la tierra independencia y nombre? Bolívar (...) ¿Y quién convocó las Asambleas Nacionales? Bolívar». Con semejante cadena discursiva, Toro considera terminada la historia de los hechos que hasta el momento sólo habían sido contemplados, sugiriendo ahora la fase de su reconocimiento e implementación. Y a tal fin, quién mejor que el Presidente Páez para tomar la palabra y sellar el compromiso que prepararía el futuro de la nación. Se dirige éste a la concurrencia para clausurar los *Honores Fúnebres* con sentidas y significativas palabras:

Nos resta, sin embargo, un deber: consagrar al Libertador el monumento más digno de su gloria: la consolidación de las instituciones de Venezuela (...) por la ilustración del pueblo, por la unión de todos los venezolanos (...) Hemos cumplido con Bolívar muerto (...) saludemos a Bolívar restituido a la patria, con todas sus glorias, con todos sus grandes hechos, con la memoria de sus inmortales servicios (...) no sólo es el triunfo de Bolívar el que celebramos, es también el triunfo de Venezuela.⁷³

Todas las operaciones metafóricas y alegóricas del presente y futuro de la nación parecen haber sido puestas sobre el escenario patriótico, republicano e independiente. La necesidad de garantizar la continuidad de la estructura de poder y de conservar intacto el cuerpo nacional parecen ser las nuevas primeras necesidades. Al menos eso se deriva de las palabras del conductor del Estado y también héroe de mil batallas. Ese «hemos cumplido con Bolívar muerto, saludemos a Bolívar», se asemeja casi a la famosa máxima de entierro de los reyes de Francia: *¡le roi est mort, vive le roi!*

Con este giro discursivo la muerte de Bolívar y su rehabilitación simbólica se convierten en el triunfo de Venezuela y en la garantía para consolidar el cuerpo de la nación, lo cual contiene un sentido de la inmortalidad del héroe. Será Antonio Leocadio Guzmán quien remate estas jornadas heroicas desde las páginas de *El Venezolano* (No 140, Caracas, 20 de diciembre, 1842) con palabras un tanto alegóricas que dejan abierto el

⁷² Ibíd., 350.

⁷³ Ibíd., 354-355.

significado de esta Apoteosis del Libertador González Guinán: «Pasó ya el 17 de diciembre... pasó para no volver más... Quedan esas relaciones de los sentidos, para cuando el corazón se haya descargado del peso que lo comprime».⁷⁴ Esa imagen corporal relativa al corazón denota el dolor por el Bolívar muerto. Acaso ya fallecido habría perdido sus encantos, el galope de su caballo de batalla no retumbaría más. Pero sus ojos, su mirada, inspiraban el heroísmo. En ellos se reflejaban «sus magníficas hechuras: cinco naciones independientes y para siempre libres. Naciones con gloriosos trofeos (...) con historias heroicas que eclipsan las páginas doradas (...) de los antiguos genios de la libertad».⁷⁵ En estas circunstancias, el 17 de diciembre no había pasado, ni pasaría nunca. Estaría siempre delante de los ojos del *pueblo soberano*. Su misión era única, era inspiradora de la etapa que se abría. Para qué interponer tantos objetos entre Bolívar y su pueblo, tantos signos ceremoniales del poder, si la relación entre ambos era más directa. El 17 de diciembre es un día inspirador, murió el Bolívar humano, terrenal y finito; pero nació el Bolívar símbolo, eterno, que iría a completar el cuerpo de la patria: a él le seguirán «nuestros esposos y nuestros hermanos, y volveremos a entregarle nuestros hijos para que les enseñe el heroísmo».⁷⁶ Consecuente con el sentido de estas operaciones metafóricas y alegóricas, la conclusión de Guzmán no podría ser distinta: «El pueblo, con millares de demostraciones patrióticas y sublimes, se ha hecho digno de la más grande y noble de las propiedades: *de las cenizas de Bolívar*».⁷⁷

Coda

El cuerpo político se convierte, de esta manera, en patria y en heroísmo con tanta intensidad que adquiere un valor teológico. Queda encarnada en el país la metáfora de los dos cuerpos del rey. Extraño desenlace este que aún domina nuestros días dos siglos después. Es una suerte de permanencia de la identidad en el tiempo, a pesar de la heterogeneidad y de los diferentes contextos.

Ese cuerpo escindido en patria y heroísmo sería la imagen de la trascendencia y de la exterioridad de lo social y de lo político en relación a los individuos. Ese cuerpo alegoriza la totalidad. ¿Hasta dónde las partes deben ceder algo de ellas mismas para poder garantizar la constitución y permanencia del todo: patria, nación, república, héroe, pasado, presente, futuro? Es decir, ¿hasta dónde se extiende el poder del todo sobre sus partes constitutivas, para mantener la estructura de dominación del Estado sobre los ciudadanos? Esta red de significaciones que estructuran en Venezuela una religión civil, no es otra cosa que la cuestión de la dimensión religiosa de lo político, la condición de posibilidad de vivir en comunidad, de institucionalizar el orden social para ser aceptado por todos. Bálsamo adormecedor, en fin, que actúa tanto sobre la narrativa histórica de la sociedad como sobre

⁷⁴ Francisco González Guinán, *El 17 de diciembre de 1842*, en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX: textos para su estudio*, vol. 5, tomo I (Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1961), 258.

⁷⁵ Ibíd., 258-259

⁷⁶ Ibíd., 261.

⁷⁷ Ibíd., 265.

la capacidad para entender su forma de ser y estar en el mundo. El todo se construye con el «fuego sagrado del heroísmo» (como más adelante lo sugiere Carreño en su *Manual* 1853), pero el cuerpo del poder no está exento de corromper los principios y virtudes cívicas originales de esa sociedad, ni de corromperse a sí mismo.

Termino, como para dejar abiertas las conclusiones de las páginas precedentes, y como para mostrar las dificultades de esa rehabilitación simbólica del cuerpo de la nación, con el acre reclamo que Cecilio Acosta (1818-1881), primero entre los civilistas virtuosos de su generación, le hace a los partidos políticos el 27 de octubre de 1877, ante el rumbo que había tomado la patria, treinta y cinco años después de la apoteosis de Bolívar:

¿Para eso se conquistó la independencia? ¿Para eso es que tenemos libertad? ¿Para eso fue la obra de Bolívar? ¿Qué diría él, resucitando, si nos viese en esta vulgar tarea, en vez de ocupados de las altas cuestiones o intereses de la política, de la industria, del progreso y de la gloria? ¿Y cuál no sería su asombro al llegar a su conocimiento que habían resultado (...) apóstatas muchos de sus más claros compromitidos y de sus descendientes (...)⁷⁸

Bibliografía

- Academia Nacional de la Historia. *El Patriota de Venezuela*. En *Testimonios de la época emancipadora*. Caracas: Colección Sesquicentenario de la Independencia, 1961. Estudio preliminar de Arturo Uslar Pietri. No. 37.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre los orígenes y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993. Traducción de Eduardo L. Suárez. (Primera edición en inglés, 1983).
- Baralt, Rafael María. *Resumen de la Historia de Venezuela*. Vol. I. París: Imprenta de H. Fournier y Comp., 1841.
- Bolívar, Simón. *Doctrina del Libertador*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2009. 3^a ed. Prólogo de Augusto Mijares; compilación, notas y cronología de Manuel Pérez Vila; bibliografía de Gladys García Riera. (Edición original, 1976).
- Bolívar, Simón. *Última Proclama*. Hacienda de San Pedro Alejandrino, Santa Marta, 10 de diciembre de 1830. Disponible en: Museo Bolivariano Quinta de San Pedro Alejandrino
- Brading, David. «Patriotismo y nacionalismo en la historia de México.» En *Actas XII, Asociación Internacional de Hispanistas (AIH)*, Madrid, 1995, 1–18.
- Carrera Damas, Germán. *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas en Venezuela*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca-Universidad Central de Venezuela, 1970.

⁷⁸ Los partidos políticos, en *Pensamiento político venezolano del siglo XIX: textos para su estudio*, vol. 9 (Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1961), 429.

- Carrera Damas, Germán. «Simón Bolívar, el culto heroico y la nación.» *Hispanic American Historical Review* 63, no. 1 (1983): 107–145.
- Castro Leiva, Luis. *De la patria boba a la teología bolivariana*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1991.
- Castro Leiva, Luis. *Sed buenos ciudadanos*. Caracas: Alfadil Ediciones-Instituto Universitario Seminario Interdiocesano, 1999.
- Charbonnel, Nanine. *Comme un seul homme. Corps politique et Corps Mystique*. París: Éditions Aréopage, 2010.
- Conway, Christopher. «Itinerario del culto nacional: El fantasma de Bolívar.» *ESTUDIOS. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, Universidad Simón Bolívar, año 6, no. 12 (julio-diciembre 1998): 11–25.
- Correa, Luis. *Terra patrum*. Caracas: Ministerio de Educación, 1961. (Biblioteca Popular Venezolana, No. 79).
- Dávila, Luis Ricardo. «Venezuela, fábrica de héroes.» En *Laberintos del poder*, editado por Carmen Díaz Orozco, 245–260. Mérida: Universidad de Los Andes, Publicaciones del Vicerrectorado Académico, 2006.
- Escalante Gonzalbo, Fernando. *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana. Tratado de moral pública*. México: El Colegio de México, 1992.
- Gil Fortoul, José. *Historia Constitucional de Venezuela*. Vol. 2: «Restitución de la República. La oligarquía conservadora». Caracas: Editorial Las Novedades, 1942. 3^a ed. (Edición original, 1909).
- González Guinán, Francisco. *Historia contemporánea de Venezuela*. Tomo III. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1954. (Tipografía Empresa El Cojo, 1910).
- González Stephan, Beatriz. «Fundar el Estado/Narrar la Nación (Venezuela Heroica de Eduardo Blanco).» *Revista Iberoamericana* 63, núms. 178–179 (enero-junio 1997): 33–46.
- Kantorowicz, Ernst. *The Kings' Two Bodies: A Study in Mediaeval Political Theology*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1957.
- König, Hans-Joachim. *En el camino hacia la nación: Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación en la Nueva Granada, 1750–1856*. Bogotá: Banco de la República, 1994.
- Leal, Ildefonso, ed. *Ha muerto el Libertador. Homenaje de la Universidad Central de Venezuela en el sesquicentenario de su muerte*. Caracas: Ediciones del Rectorado de la Universidad Central de Venezuela, 1980.
- Le Breton, David. *Anthropologie du corps et modernité*. París: Presses Universitaires de France, 1990. 2^a ed.
- Mijares, Augusto. *Obras completas*. Caracas: Monte Ávila Editores, 2000. Colección Biblioteca Augusto Mijares, 10 vols.
- Montenegro y Colón, Feliciano. *Lecciones de buena crianza moral y mundo o educación popular*. Caracas: Imprenta de Francisco de Paula Núñez, 1841.

- Pedraza, Zandra. *En cuerpo y alma: Visiones del progreso y de la felicidad*. Bogotá: Ediciones de la Universidad de Los Andes, 1999.
- Presidencia de la República. *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX. Textos para su Estudio (PPVSXIX)*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1961. 15 vols.
- Presidencia de la República. *Mensajes Presidenciales*. Tomo 1: 1830–1875. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1971. Recopilación, notas y estudio preliminar de Antonio Arellano Moreno.
- Plaza, Elena. «Prácticas discursivas de la ciudadanía en Venezuela: Las voces del patriotismo venezolano, 1830–1847.» *Revista Politeia* 29, no. 37 (2006): 3–33.
- Ricoeur, Paul. *Tiempo y Narración*. Tomo I. México: Siglo XXI Editores, 1995.
- Starobinsky, Jean. «Breve historia de la conciencia del cuerpo». En *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, editado por Michael Feher, Ramona Naddaff y Nadia Tazzi, vol. II, 353–405. Madrid: Taurus, 1989. (Publicado originalmente en *Revue Française de Psychanalyse* 2/1981).
- Torres, Ana Teresa. *La herencia de la tribu. Del mito de la independencia a la revolución bolivariana*. Caracas: Editorial Alfa, 2009.
- Uribe, María Teresa. «El republicanismo patriótico y el ciudadano armado.» *Estudios Políticos* no. 24 (enero-junio 2004): 75–92.
- Vigarello, Georges. «El cuerpo del Rey.» En *Historia del cuerpo*, vol. I: *Del Renacimiento al Siglo de las Luces*, editado por Alain Corbin, Georges Vigarello et al., 373–391. Madrid: Taurus, 2005. (Original en francés: *Histoire du corps*, 2 vols., París, Editions du Seuil, 2005).

Depósito Legal: pp200302ME1486 - ISSN: 1690-4818



Todos los documentos publicados en esta revista se distribuyen bajo una [Licencia Creative Commons Atribución -No Comercial- Compartir Igual 4.0 Internacional](#). Por lo que el envío, procesamiento y publicación de artículos en la revista es totalmente gratuito.